



co despues en Paris. En suma, es hoy cuestion resuelta por la ciencia la de la existencia del hombre en el terreno cuaternario, que algunos prolongan al terciario, *plioceno* ó *mioceno*. Mucho han ayudado á vencer preocupaciones religiosas y hacer que prevalezca esa opinion, Mr. Meignan, obispo de Chalons sur Marne, los abates Bourgeois, Delaunay y otros.

UNIDAD DE LA ESPECIE HUMANA: RAZAS.—Nacido el hombre, en cuanto cuerpo, de la naturaleza, al igual que los demás seres vivientes, y en una época remotísima muy anterior al diluvio, se presenta á seguida la cuestion de si existe una sola especie humana ó varias. Materia es esta en que se hallan sumamente divididos los sábios, conviniendo, no obstante, la mayoría en la unidad por razones científicas principalmente, que los moralistas refuerzan con las de la dignidad del hombre y las de la fraternidad de la especie humana. Relacionada la idea de especie con la de raza, sólo dando á conocer el significado de esas dos palabras, es como se puede resolver el punto á que se refiere este epigrafe. Hagámoslas comprender con ejemplos, antes de definir las.

Quien conozca lo que es un asno y un caballo, por más que se parezcan en el servicio que hacen al hombre, en el color á veces, y en que aquel puede ser en ciertas localidades más alto que este, no podrá ménos de convenir, á la simple vista, que son dos especies de animales; así como el que conozca al perro en sus muchas variedades de dogo, mastín, galgo, de presa, de lanas, de Terranova, etc., etc., habrá de convenir en que todos pertenecen á una misma especie. Lo propio sucede en el reino vegetal: la rosa, en sus diferentes colores y matices, será siempre rosa, y constituirá una especie, y el clavel formará también otra distinta de la rosa. Aplicando estos ejemplos al hombre, habrá de convenirse en que, por grandes que sean las semejanzas entre el hombre salvaje más rudo y el mono *chimpanzé*, aquel no puede proceder de este,—y la opinion de que ambos á dos puedan provenir, en una remotísima edad, de un tipo comun perdido, no podrá probarse nunca;—formando, por el contrario, dos especies distintas: en tanto que el hombre salvaje, por los motivos expuestos y por otras razones que se dirán, constituye una sola especie con el civilizado, si bien formando dentro de la especie *humana* diferentes razas, como las forman dentro de su género el perro y la rosa.

Efectivamente; las especies se determinan por tres caracteres constitutivos que las distinguen unas de otras:—el *primero* es que, pudiendo desaparecer las especies, mientras sub-

sisten sus individuos son siempre los mismos en sus rasgos esenciales y característicos. El hombre en los tiempos modernos, es el mismo que describió Aristóteles en los antiguos. Las mómias de Egipto de hace 5.000 ó más años, pertenecen á la misma organizacion humana que nosotros tenemos;—el *segundo* se muestra en el notabilísimo fenómeno del *cruzamiento* de las razas, pues se observa que cuando macho y hembra de diferentes especies se unen, lo que producen es híbrido, infecundo casi siempre, como el mulo; advirtiéndose, por el contrario, que las razas humanas, cruzándose, procrean, ya el mulato, ya el mestizo;—el *tercero* se funda en que existe en la humana, al igual que en las otras especies, la tendencia á modificarse sus individuos dentro de ciertos límites, y á trasmitirse tales modificaciones hereditariamente, naciendo de esas dos tendencias las razas, de *radix radicis*, raíz, raza ó estirpe. Las razas, por tanto, no constituyen especies diferentes; son variedades de una misma especie, que el cruzamiento, el clima y el tiempo modifican.

Las diferencias en lo físico por el color de la piel, por el cabello, por la configuracion del cráneo y por la contextura general del cuerpo; y en lo moral por una aptitud desigual en las funciones del sentimiento y de la inteligencia, constituyen la variedad de las razas humanas, que históricamente consideradas, se reducen á cuatro: la *blanca*, en sus tres ramas de caucásica; la *amarilla*, ó sea la mogola; la *negra*, por otro nombre etiópica ó africana; la *cochinita* ó americana. La primera tiene su asiento en Europa y en lo más occidental del Asia, la segunda en el Norte y Oriente del Asia, la tercera en Africa y Milanesia, la cuarta en América.

Por último, la existencia del género humano, ¿ha comenzado por un solo par (hombre y mujer) en un solo punto del globo, ó á la vez en varios, sin que esto se oponga á la unidad esencial de la naturaleza humana? La mayor parte de los pueblos, en la antigüedad, se tenían por *autoctonos*, á saber, nacidos originariamente allí donde vivían. Hay naturalistas que sostienen la aparicion del hombre á la vez en diferentes puntos del globo; pero mientras la ciencia no demuestre semejante aserto, no hay razon para desechar la unidad de origen, habiendo sido su cuna probablemente el Asia Central, desde donde, por emigraciones sucesivas, se fué propagando á los demás continentes, y cuya vida y demás de que se tenga noticia, hemos de indicar en los tres párrafos siguientes.



## II

## PERÍODO CUATERNARIO Ó ARQUEOLÍTICO

Determinación y divisiones.—Objetos encontrados.—Género de vida del hombre en la época del gran elefante.—Descubrimiento del fuego.—Industria y género de vida del hombre en la época del *Reno*.—Tipo de la raza humana en este periodo

Con diferentes nombres podría significarse el tiempo comprendido en este párrafo; con el de edad de piedra, por no haber conocido el hombre otra materia de que servirse para los usos de la vida salvaje. Mas esta denominacion no puede aceptarse, porque el uso de la piedra se extiende al siguiente periodo geológico. El caracterizarlo con el de alguno de sus gigantescos animales, muy propio de la Paleontología, sin duda tampoco creemos que le cuadra, por la misma razon. Y no pudiendo tomar como distintivo el nombre de alguna institucion, porque el hombre de la naturaleza no ha instituido ni fundado ninguna, le tomamos del periodo geológico á que correspondia entonces la composicion de la tierra, el más inmediato al nuestro, el cuaternario, que denominamos también *arqueolítico*, esto es, uso antiguo de la piedra, destinando la palabra *neolítico* para significar el periodo de la piedra pulimentada, posterior al diluvio.

Pero dentro del periodo cuaternario ó arqueolítico, sin que pueda determinarse, ni por aproximacion, el cuánto de su tiempo, se verifican en el orden físico y en el humano transformaciones tales, que hacen muy natural la fijacion de dos grandes divisiones, fundadas en la zoología y en la historia: la primera, relativa á la época del *Mamuth*, ó gran elefante, y del descubrimiento del fuego, á continuacion de aquel *periodo glacial* por que se dice pasó la Europa al comienzo del periodo cuaternario, y que cambió la fauna de los *dinoterios* y *mastodontes* en otra todavía monstruosa, pero ménos deforme y selvática; la segunda, representada por la aparicion del *Reno* y por el nacimiento de la industria. Con sujecion á las mencionadas divisiones, y con los escasísimos datos que hasta el presente posee la historia, tratándose de tiempos remotísimos, cuyo estudio comienza ahora mismo, y cuyas fuentes históricas habrán de ser, quizá siempre, la Geología y la Paleontología, haremos el relato de lo que era el hombre en el periodo cuaternario.

OBJETOS ENCONTRADOS.—Lo que nos proponemos historiar, ni está esculpido en mármol ó en bronce, ni escrito siquiera en papiro, ni casi consignado en tradiciones cosmogónicas ó mi-

tológicas, posteriores por lo comun al periodo cuaternario; si no fosilizado, hecho piedra en las entrañas de la tierra, revuelto y confundido en los terrenos arenosos ó arcillosos con los minerales, con la fauna y la flora de su época geológica. Por tanto, los objetos encontrados en las escavaciones arqueológicas, serán los únicos y verdaderos materiales para esta historia en los tiempos primitivos ó prehistóricos.

En desmontes y escavaciones que se han hecho, y en cavernas encontradas en diferentes localidades de Europa, y que parecen pertenecer al periodo que historiamos, se han encontrado restos del *ursus spelæus*, ú oso de las cavernas, del primitivo elefante lanudo y crinoso y del rinoceronte, como pieles, cráneos, mandíbulas, así como huesos del hombre, cenizas y vestigios de comidas, sepulturas ó enterramientos, hachas, cuchillos, puntas de lanza, flechas, cantos redondos perforados, todo de piedra, principalmente de *silex* ó pedernal. Todos estos objetos están toscamente hechos y sin gusto ni pulimento ninguno, y sin otra mira que la de servir á las más apremiantes necesidades de la vida salvaje.

GÉNERO DE VIDA DEL HOMBRE EN LA ÉPOCA DEL GRAN ELEFANTE.—Como la historia es ciencia de observacion, y el carácter más distintivo del hecho, una vez sucedido, es pasar, esto es, desaparecer con el tiempo, que es su forma; si no hay testigos que habiéndolo presenciado lo cuenten, únicamente podemos averiguar la existencia del hecho y saber sus particularidades, por objetos materiales que hayan quedado y hubieren servido de medio ó instrumento para verificarlo. El origen y parentesco de cada hombre se desconoceria por completo, si sus padres y la sociedad, por medio de anotaciones y registros, no hiciesen constar el punto y las circunstancias de su nacimiento. Pero no es tal el caso en que nos encontramos respecto de los primeros hombres. Ni ellos mismos, ni nadie, da *humanamente* cuenta de haberlos visto nacer; ni partida de bautismo, ni registro civil, nada atestiguan su venida al mundo. No hay más guia quizá para saber, en cuanto es posible, cuándo, dónde y cómo tuvieron principio, que los objetos encontrados en las entrañas de la tierra. Segun ellos, los primeros instantes del hombre debieron pasarse en un salvajismo más animal y bárbaro que el de los salvajes habitantes hoy en la Laponia y Groenlandia. Y su vida debió ser más pobre, misera y desvalida que la de las gigantes cas fieras á él contemporáneas, puesto que ellas nacían con medios de defensa y abrigo, al paso que el hombre aparecia desarmado y desnudo. Cortezas de los ár-



boles, raíces y frutos silvestres debieron constituir su primer alimento, y hojas y ramas su abrigo ó cubierta. Mas en los objetos de que se da cuenta en el enunciado anterior, se ve ya la tendencia á desarrollarse progresivamente y á querer dominar la naturaleza, sirviéndose de ella como medio para la realización de su vida. Esta tenía por único fin entonces: el material de asegurar su subsistencia y defenderse de animales gigantes por su volúmen y fuerza. Pero cuando su instinto le llevó á hacer uso de piedras aguzadas, en forma de hacha, cuchillo ó flecha, y conoció el beneficio que podía sacar de los despojos de un animal como el mamuth, se dedicó á la caza de este y de otros, con cuyas pieles pudo cubrirse, con cuyo tuétano y carnes alimentarse, y con cuyos dientes, huesos y mandíbulas servirse, como de armas, para acometer y defenderse.

Con efecto, en las grutas y hendiduras de las montañas, habitación ordinaria del hombre, por más que á veces viviese á campo raso y bajo la sombra de los árboles según el clima, frío por lo comun entonces; aun en el centro de Europa, se encuentran indicios seguros de su manera de vivir. En ellos se observa el fenómeno de estar partidos los huesos longitudinalmente, al intento de sacar el tuétano, alimento de mucho gusto para el salvaje. Hánse hallado cenizas y piedras colocadas en disposición de haberse asado carne de animales muertos con flechas y á pedradas, pues parece que usaban para la caza el mismo procedimiento que emplean hoy los esquimales y demás, cubriendo con ramaje las grandes hoyadas, á fin de que, al pasar el animal, cayese y fuese más fácilmente muerto. En las mismas grutas se encuentran señales de un hecho, que no debe pasarse en silencio, de costumbres funerarias. Hánse descubierto en la célebre de *Aurignac*, en un espacioso hogar, vestigios de comida y un cadáver, al que acompañaban armas de piedra, sin duda de su uso, tendido á la entrada de un como nicho, y al lado una piedra para tapan la abertura. Todo parece mostrar el festín que precede entre los salvajes á todo enterramiento. Lo que interesa hacer notar en este punto sobre todo es, no sólo la circunstancia de enterrar el cadáver y no dejarlo abandonado á la voracidad de los animales, sino el de poner sobre su cuerpo comida y las armas que le sirvieran, en vida. Aparece aquí, en primer término, el respeto á la muerte; ¿se muestra de la misma manera la creencia, aunque vaga, de que ese hombre iba á vivir en otro mundo, donde podría tener necesidad de armas y comida? ¿Indirecta y confusa-

mente podrá indicar eso mismo algo que se refiera á la existencia del Sér Supremo? Nada de esto puede asegurarse en absoluto; pero sí admitirse un presentimiento y adivinación de lo que ha de creerse con clara conciencia en lo porvenir. En suma, la única ocupación ó ejercicio de vida del hombre en esta primera época del período cuaternario, consistía en la caza: era *troglodita*, ó habitante de las cavernas; las piedras toscamente trabajadas por el choque y ludimiento de unas con otras, le servían de armas y utensilios y hasta de adorno para las mujeres en brazaletes y collares hechos de piedrecitas horadadas y engarzadas con las cerdas del elefante; respetaba á los muertos, y al parecer tenía alguna idea de la inmortalidad del alma.

**DESCUBRIMIENTO DEL FUEGO.**—No de intento seguramente y á sabiendas, sino casualmente, el hombre conoció y descubrió el fuego. O fué el encenderse al calor del sol materias de suyo inflamables, ó arder alguna cosa por la caída de un rayo, ó aparecer por la chispa desprendida al choque de dos pedernales, ó del frotamiento de dos maderos secos. Como quiera que ello fuese, para procurárselo despues de descubierto, debieron emplear el mismo procedimiento que usaban los indígenas de América al descubrir Colon el Nuevo-Mundo, el mismo que usan hoy los salvajes en la India y la Australia, á saber, el frotar fuertemente dos pedazos de madera secos. Mas siendo esta operación demasiado fatigosa y larga, inventaron enmangar en un arco tirante una estaca aguzada en su punta, en forma de taladro, la que, girando rápidamente en el agujero de un tronco seco, e hacia arder al poco tiempo. También se cree que practicaban un procedimiento igual al que se seguía antes de la invención del fósforo para encender el cigarro, por medio del eslabon y las piedras llamadas de chispa, sirviendo de hierro acerado, que aún no existía, la *pirita* de hierro compuesta de azufre y hierro, palabra formada del griego *pyr*, equivalente á fuego.

Si es curioso tener noticia del descubrimiento del fuego y de los medios de procurárselo, algo más que curioso es saber las consecuencias que tuvo para el hombre tan afortunado invento. Fué, sin duda, el paso más importante y seguro que dió por entonces en el camino de su bienestar y perfeccionamiento. Con él pudo ahuyentar, durante la noche, las fieras carnívoras que tan vivamente lo perseguían, pues sabido es el espanto que las producen la luz y el fuego; con él se hicieron habitables climas casi glaciales, pudo el hombre calentarse, secar sus pieles, asar ó cocer las carnes y



contar con el principal elemento de la industria humana; y por último, con él nació ya el hogar doméstico, la casa, la familia, la original y primera de las sociedades humanas, la más íntima, porque se funda en el amor, con la que da principio la historia humana, en la que pasa el hombre los años de su inocente vida y recibe su primera educación en cuerpo y en espíritu; eso, en fin, que los pueblos del Norte veneran como la más alta y piadosa institución que constituye el secreto de su fuerza individual y social, y que los del Mediodía debieran amar y santificar de la misma manera, para completarse como hombres antes de afanarse por ser ciudadanos.

**INDUSTRIA Y GÉNERO DE VIDA DEL HOMBRE EN LA ÉPOCA DEL RENO.**—La segunda época de lo que llamamos edad arqueológica, se caracteriza por una nueva fauna, á cuyo frente figura el reno, y por el nacimiento ó primeros bosquejos de la industria humana. Los animales gigantes del período cuaternario han casi desaparecido, porque trasformada la tierra en una mansión menos agreste y más habitable para el hombre,—como si la naturaleza se achicase en cantidad para valer más en calidad,—les faltó clima á propósito para lo que requería su naturaleza. Si alguno, como el mamuth, aún subsistía, era en escaso número, se iba retirando á los parajes más nevados, y muy pronto habría de ceder su puesto al reno, el característico de la nueva fauna, junto con el bisonte, el toro silvestre, el jabalí, el gamo, el caballo bravo y otros. La mayor parte de los animales de esta fauna, que aún hoy existen retirados en las espesuras de los bosques y de las regiones polares del Norte, corrian entonces por el centro de Europa, prueba inequívoca de que todavía era muy baja su temperatura. Sólo el hombre, inferior, desnudo y débil en su físico, más superior, lleno y fuerte por sus dotes y desarrollo, merced á su inteligencia, ha atravesado sin desaparecer y sin alteraciones esenciales en su constitución humana, el período cuaternario. ¿Qué diferencias presenta en la época del reno sobre la anterior?

Fuera de los instrumentos de piedra anteriormente enumerados, en las grutas ó anfractuosidades correspondientes á la época del reno, y entre otras en la mansión de *Solutré* cerca de Maçon (Francia), se encuentran esos mismos en mayor número y más perfeccionados, y además otros no descubiertos antes, como punzones, agujas, raspadores y alisadores, por lo comun en hueso y asta del reno, la que utilizaban para diferentes objetos, entre otros para la escultura y el grabado, que aunque tos-

camente, nace en esta época. Encuéntanse representados en planchas de asta de reno, ese mismo animal, el elefante, el caballo y demás conocidos, rara vez la figura humana. Aparecen principalmente estos bosquejos del arte en el Este y Sur de la Europa, sin duda, entre otras causas, por ser su clima más á propósito para el desarrollo de todo lo que se relaciona con la imaginación y la fantasía. De todos modos, estos primeros ensayos señalan un progreso en la especie humana, y muestran ser los primeros albores de su inteligencia y superioridad respecto del bruto.

El género de vida era el mismo que el del período anterior, ejercitándose en la caza y persecución de los animales, siendo ahora el reno y el caballo el objeto principal de sus cacerías. Su alimentación, fuera de la vegetal, consistía mayormente, por los vestigios que quedan, en la carne de caballo, encontrándose ya algun resto de pescado. Todavía se albergaban en guaridas como los animales, hacían vida de trogloditas, mas no dejan de encontrarse cuevas abiertas á pico ó cabañas formadas de pedruscos en sitios buscados de propósito, y por lo comun á orillas de los ríos. Cubríanse de pieles (la del reno), mas ya aparecen cosidas y adobadas, bruñéndolas despues de raspadas y engrasándolas para evitar las humedades. Seguían adornándose las mujeres con collares, no ya sólo de piedra, sino de marfil y hueso. Por último, descúbrense las mismas costumbres respecto de los enterramientos que en los anteriores tiempos, salvo una nueva colocación del cadáver, á saber: la de ponerlo encima de rescoldo y sobre piedras, figurando el hogar doméstico, como si admitiendo la creencia en otra vida, quisiesen que, en el tránsito, el muerto no sufriese frío, mostrando sentimientos de ternura tan cuidadosos, que revelan ya en el hombre de la naturaleza los gérmenes cuyo desarrollo habrá de engrandecer de tan sublime manera á la humanidad, en su condición permanente de progreso.

**TIPO DE LA RAZA HUMANA EN ESTE PERÍODO.**—No por cráneos completos, sino por restos de cráneos humanos, principalmente de los encontrados en las cuevas de *Engis* (Bélgica) y de *Neanderthal*, cerca de Dusseldorf, se creyó hallar cierta semejanza del hombre con el mono, suscitándose de resultas una viva polémica entre los antropólogos. Mas el descubrimiento en el año de 1868 de la gruta de *Cro-Magnon*, cerca de Tayac, en la Dordoña, así como los hallados en la de *Solutré*, vinieron á desvanecer toda duda. Contemporáneos esos cráneos humanos de los del mamuth y del reno, por ha-



berse encontrado allí vestigios de semejantes animales, todo muestra por el exámen hecho de tales objetos, que el tipo de la raza humana en esos primitivos tiempos está caracterizado por la forma dolicocefala del cráneo, notándose en los demás rasgos la dirección del rostro oblícuo, las mandíbulas muy salientes, y según todas las probabilidades el color cobrizo y el cabello negro, lanudo y duro, gran semejanza con los fineses y lapones; raza que, á lo que parece, se extendió por el Asia Septentrional, cubrió la Europa, desde donde se cree que pasó á la América del Norte. Hay quien afirma que los mencionados pueblos son todavía restos de esa raza primitiva, no faltando quien asegure que lo son también los *vascos* de nuestras provincias Cantábricas, lo cual, si se llegase á comprobar mediante la etnografía y la filología, explicaría hoy mismo, en parte, hechos vivientes de triste recordación, que ni tienen razón de ser, ni se comprenden.

Bajo el punto de vista moral é intelectual, su inferioridad respecto del hombre civilizado es bastante notable, dado que, supuestas las mismas facultades espirituales, su desarrollo depende de la educación, siendo nula la del salvaje, y no siendo difícil notar, de otro lado, las semejanzas de muchos europeos alejados del trato social y pertenecientes á pueblos atrasados y pobres, con los salvajes de todos tiempos. ¿Llegaba á tal punto la degradación moral de la raza primitiva, que sus individuos fuesen *antropófagos*, comedores de carne humana? Por más que algunos naturalistas, por honra de la humanidad, se empeñan en negarlo, parece que no hay manera de explicar ciertos hechos en los tiempos que estamos historiando. Se encuentran en las cavernas correspondientes al mamuth y aun al reno, huesos humanos, pero sólo de mujeres y niños, abiertos longitudinalmente y de la misma manera que los de los animales, con el objeto de aprovecharse del tuétano como alimento. Hállanse, no ménos, residuos de carnes y huesos como tostados, también de mujeres y niños. Y aunque estos descubrimientos son raros, y algunos pueden explicarse quizá como señales de sacrificios humanos á la divinidad, cosa dudosa también, lo que da alguna fuerza á que esos hombres pudieron ser antropófagos, es que no hace mucho tiempo que lo eran los pueblos salvajes de América y Australia, que aún hoy lo son los de la Nueva Caledonia, y que en el año 1869 cuentan algunos viajeros ingleses haber visto en el Mediodía de Africa tribus antropófagas, las que por gusto, no por la extremidad del hambre, comían carne de sus semejantes. Aún se sospecha que los ni-

ños y jóvenes de ambos sexos, sirvieron de cebo para cazar las alimañas. ¿Serán estas bárbaras costumbres suficiente motivo para renegar de la humanidad y tener en ménos su noble destino en la tierra y el ejercicio de la virtud y de la dignidad humana? Librenos Dios de incurrir en tan fatal escepticismo. Eso mismo prueba lo perfectible que es el hombre por medio del *trabajo*, lo mucho que se engrandece luchando y reluchando contra los obstáculos de la naturaleza, contra las pasiones y los vicios de sí mismo y de los demás, debiendo renegar de la ignorancia y maldecirla, despreciando, no el ser hombre, sino los medios que dificultan su libertad para serlo.

### III

#### EDAD NEOLÍTICA

Su determinación. — El diluvio. — Tipo de una nueva raza. — Industria humana. — Género de vida del hombre en este período. — Monumentos megalíticos y su destino.

Continuamos la difícil tarea de reseñar dudosa y confusamente, á tientas pudiéramos decir, porque caminamos en la oscuridad por entre cavernas, grutas y guaridas de hombres y bestias, todo eso enterrado en lugares, muchos de ellos casi inaccesibles y en las entrañas de la tierra, la historia de los tiempos primitivos. Tarea nueva y reciente que ha acometido el historiador, auxiliado del geólogo y arqueólogo; pero que, no obstante el paso inseguro y vacilante con que camina, promete, con el tiempo, resultados muy satisfactorios, en orden á ilustrar los orígenes del hombre en el período cuaternario y en el diluviano.

SU DETERMINACIÓN. — Denominase también geológico moderno este período, porque después del diluvio, aparece la constitución física del globo en sus mares y continentes, en su fauna y flora, y en el *terreno diluviano* que forma la corteza de la tierra, idéntica á la que hoy existe, propagándose y dominando en Asia y en Europa la raza más perfecta de todas las humanas, la *arya* ó *indo-europea*. Se determina y clasifica además por la gran significación de ciertos hechos en sentido progresivo, en dos llamadas *edades*, la neolítica ó de la *pedra pulimentada*, y la de los *metales*. En aquella llegan á su última perfección los instrumentos de piedra, nacen el pastoreo y la agricultura y empieza á servirse el hombre de los animales domésticos; en esta el descubrimiento de los metales, sobre todo del hierro, abre nuevos y muy extensos horizontes al desarrollo de la vida humana, y se desenvuelven, ya con la guerra y



la conquista, ya con la industria, las primeras relaciones del trato social y de la vida civil.

EL DILUVIO. — En las tradiciones de todos los pueblos aparece consignado el hecho geológico de un diluvio más ó ménos universal, acaecido al fin del período cuaternario, y que produjo el *geológico-diluviano*.

Sobre sus causas y resultados no es tan unánime la opinión como sobre el hecho mismo. Los Libros Sagrados, en virtud de lo que es propio de su institución y fines, lo atribuyen á los pecados de los hombres, arrepentido Dios de haberlos creado. Respetando la ciencia tan antiguas como venerandas tradiciones, busca causas naturales que lo expliquen. Y descartada ya la opinión de una erupción volcánica, la encuentra, por las señales que dejó el correr impetuoso y torrencial de las aguas, en surcos ó como canales formados por las mismas, en tajos y aberturas hechas en montañas que, al parecer, estaban antes unidas y cerradas en cantos erráticos trasportados por las nieves, en monolitos ó masas enormes de piedras arrastradas por las aguas á muy larga distancia del punto donde estaban enclavadas, no tanto en una copiosa y prolongada lluvia, cuanto en el deshielo de la inmensidad de nieves acumuladas por do quiera, dada la muy baja temperatura general de aquellos tiempos, y en el hecho también de haber subido la misma, por razones que la ciencia no ha descubierto todavía.

Los Libros Sagrados atestiguan que la especie humana no pereció toda, sino que se conservó en una familia salvada de las aguas, junto con la fauna que vivía al tiempo del Diluvio. Sea esto, ó que aquí y allá, en distintos puntos, se salvaran diferentes familias, ello es que la tradición de ideas, sentimientos y ejercicios de vida, no parece que se corta, y lo que es más notable, que á muy poco tiempo, según se comprueba por los mismos Libros Sagrados, se ve prodigiosamente extendida y propagada la especie humana, mostrándose una nueva y más poderosa raza.

TIPO DE UNA NUEVA RAZA. — Anteriormente hemos hecho mención de que la raza predominante antidiluviana fué la dolicocefala, cuyo tipo y modelo son hoy todavía los lapones, groenlandeses, esquimales y fineses. Mas ahora, venida del Asia, también se propaga por Europa y prevalece hasta nuestros días la raza *arya* ó *indo-persa*, de la que, como tronco ó estirpe, saldrá una nueva rama, la de los *celtas*, verdaderos pobladores de la Europa Central. Multitud de cráneos de hombres y mujeres encontrados en los dolmenes, túmulos ó menhires de toda Europa atestiguan, inmediatamente después del

diluvio, no sólo la existencia de esa raza, sino su desemejanza de la anterior y su conformidad con la nuestra. A diferencia de la dolicocefala, su cráneo es más voluminoso y de figura oval más proporcionada; su ángulo facial mide mayor número de grados, su color es blanco, su cabello liso y más fino; su rostro es más noble y agraciado por lo espacioso de su frente, por su nariz y barba salientes y por la compresión de sus mandíbulas y boca. En la mujer y en el niño resaltan con singular gracia la bella armonía de sus formas. En lo moral, sus facultades son más potentes, y merced á la educación se desenvuelven tan maravillosamente, que religión, ciencias, artes, industria, comercio, etc., todo adquiere en sus manos una perfección tal, que no alcanza ninguna de las otras razas humanas.

INDUSTRIA HUMANA. — Encuéntrese esta en los sitios y parajes donde se han hecho escavaciones correspondientes al terreno diluviano, no sólo aumentada con nuevos útiles é instrumentos, aun de piedra y hueso, sino llevada mediante arte y pulimento á suma perfección. Fuera de ser las armas de doble y finísimo filo, hay algunas primorosamente trabajadas y con cierto gusto artístico, como hachas, flechas, dardos, cuchillos, sierras, alisadores y arpones, siendo dentados algunos de tales instrumentos. Las hachas y cuchillos están enmangados con más firmeza y comodidad que lo encontrado de este género anteriormente. Háse descubierto ya el ámbar, como se ve por los collares y adornos en las mujeres de ese mismo mineral. Mas en lo que mayormente se muestra el adelanto de la industria, es en los restos que se ven, por primera vez, de objetos de alfarería, de piedras para moler el grano, y de utensilios para la pesca y la navegación.

En efecto, en los subterráneos ó habitaciones humanas del centro y Norte de Europa, como en los célebres *kioken-modings* de los pueblos escandinavos, sobre todo en Dinamarca, llamados paraderos en la América meridional, grandes depósitos hoy de conchas y mariscos, de altura y extensión considerables, no lejos del mar, se encuentran además de los utensilios antes enumerados, vasos, ollas, copas y otros objetos de barro, endurecidos unos al sol y otros al fuego, trabajados á mano, pues en algunos de ellos están señalados los dedos del artífice. En la imposibilidad de extendernos más, tratándose de una obra elemental, debemos advertir respecto de los curiosos *kioken-modings*, que en su tiempo se creyó que el mar con su flujo y reflujo había reunido allí montañas de sus despojos. Pero estudiados úl-